

DE BUENAS LETRAS

Lo que vale una vida

WENCESLAO-CARLOS LOZANO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Rafael Juárez Ortiz nos acaba de dejar, casi sin avisar, con su habitual discreción. Había superado, dos décadas atrás, una dolencia severa y sus amigos de siempre dábamos por descontado que nos iba a durar toda nuestra vida; una vida tranquila y sobria como la que él llevaba por prescripción médica y conformidad de carácter.

En términos de humanismo y de arte, Granada pierde a un hombre de bien y a un poeta inmenso, de esos que se cuentan con los dedos de una mano, que ya es decir en una ciudad tan pródigamente poética como esta. ¡Tan gran poeta... tan grande en su llaneza expresiva! Bien sabemos que es un exponente insoslayable del patrimonio cultural de nuestra ciudad y fuera de ella, que vendrán homenajes, que sus pares glosarán profusamente su poesía, que se editará su obra completa, que se dedicará un espacio a su memoria...

Fue dueño y sumo oficiante de la mítica librería Al-Ándalus –que tanto nos brindó in-

telectual y afectivamente– desde los últimos setenta hasta su cierre en los primeros noventa, en que se incorporó al servicio de publicaciones de la Diputación de Granada para luego convertirse, hasta su reciente jubilación, en secretario del patronato de la Fundación Francisco Ayala, siempre sobresaliendo por la exquisita calidad de sus trabajos, por su aptitud para congeniar con los más destacados talentos artísticos. A la vista están las cuantiosas demostraciones de su esmero artesanal. Yo mismo tuve la gozosa oportunidad de colaborar con él en la idea-ción de una antología de la nueva poesía granadina, que se tituló con el verso cernudiano ‘Más que verdad de amor, verdad de vida’ (1993) y publicó la mexicana UNAM con estudio de Sergio Fernández y prólogo de Vicente Quirarte, reuniendo en sus páginas a dieciséis poetas granadinos, hoy todos ellos autores consagrados, en un maridaje de personalidades y estilos de, por entonces, complejo y espinoso acoplamiento.

Para mí es ante todo el fraternal amigo de

casi medio siglo atrás; tan suave de modales, inteligente y sensible, capaz de tanta bonhomía sin menoscabo de su agudeza y socarnería como tasador de la naturaleza humana. Compañero de estudios, de correrías juveniles y veleidades ideológicas, unidos casi simultáneamente a nuestras respectivas Pílares, que nos han acompañado hasta hoy. ¡Qué pena que te hayas ido tan pronto y sin el menor deseo de hacerlo! ¡Cuánto te estamos ya echando todos de menos!

Aunque integramos de antiguo una nutrida y entrañable hornada generacional asiduamente convocada en torno a una buena mesa, desde primero de carrera Rafa, Mariángeles Pérez, Enrique Noguera, Pepe Pallarés y yo conformamos un cogollo que, fiel a una suerte de querencia primigenia, acabó sellando una amistad de por vida, y a quienes describí –un tanto alambicadamente, todo hay que decirlo– en cierta ocasión como «compañeros del alma peregrina, que no vieja guardia pues nunca proclives a marcar el paso. Remota célula madre clandestina, errática y nutricia, declarado el estado de embriogenia permanente. He aquí su núcleo duro. Todos ellos poetas, yo no». Eso fue en el prólogo de un libro sobre la pintura de mi Pilar titulado ‘Ventanas y veredas’ (2012), con reproducciones de medio centenar de lienzos suyos con textos de escritores, poetas y artistas amigos. Rafa dedicó al cuadro de su elección estos emotivos y hondos versos de su poemario ‘Lo que vale una vida’, que acreditan la alteza de su estro poético: «Con muy pocas palabras, / sin apenas verdades, / con algunos deseos, // el camino, la casa, / los amigos leales, / porque no volveremos».